

HOMILIA

Celebración: Cena del Señor.
Lugar: Catedral de Valparaíso.
Fecha: 14 de abril 2021.
Hora: 18.30 hrs.
Textos: Ex 12.1-8,11-14; Sal 115; 1Cor 11,23-26; Jn 13,1-15

Hermanos:

El domingo recién pasado, junto con celebrar el Domingo de Ramos, iniciábamos la semana más importante para nosotros los cristianos; la Semana Santa. Esta semana es la más importante entre todas las semanas del año litúrgico.

Tan importante es ella que, desde tiempos antiguos, ha sido llamada como la “Semana Mayor”. En ella reflexionamos todo el misterio redentor de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Por eso quienes en los días pasados hemos estado participado en la liturgia, hemos reflexionando lo que narran los Evangelios sobre este acontecimiento.

Pero en esta noche entramos al corazón de la Semana Santa, el llamado triduo Pascual, que se inicia con ésta celebración, alcanzando su cima en la Vigilia Pascual y cerrándose durante las vísperas del Domingo de Pascua.

A lo largo de estos días reflexionaremos varias facetas del misterio salvador de Cristo y sus repercusiones en nuestra vida hoy.

Por ahora centrémonos en lo que estamos viviendo. La celebración de la Última Cena. En ésta no solo recordamos esos momentos que el Señor tuvo junto a su grupo más íntimo, los Apóstoles, pocas horas antes de ser traicionado y entregado a las autoridades de su época. También reflexionamos en tres importantes misterios: La Institución de la Eucaristía, la Institución del sacerdocio ministerial, y el mandamiento de la caridad fraterna.

La Institución de la Eucaristía

El primer misterio que celebramos esta noche es la Institución de la Eucaristía.

Jesús quiso que, como en su última Cena, sus discípulos nos reuniéramos y nos acordáramos de Él bendiciendo el pan y el vino: "hagan esto en memoria mía".

En esta Cena, Jesús celebra su muerte: todo lo que hizo, lo hizo como anuncio profético y ofrecimiento anticipado y real de su muerte antes de su Pasión. Por eso “cuando comemos de ese pan y bebemos de esa copa, proclamamos la muerte del Señor hasta que vuelva”.

De aquí que podamos decir que esta Eucaristía es memorial no tanto de la Última Cena, sino de la Muerte de Cristo que es Señor, y “Señor de la Muerte”. Es decir, el Resucitado cuyo regreso esperamos según lo prometió El mismo en su despedida: “un poco ya no me veréis y otro poco me volveréis a ver”.

“¡Cristo es así el verdadero y único sacerdote que se ofrece como víctima de salvación y nos manda perpetuar esta ofrenda en conmemoración suya!”.

Por eso esta Eucaristía debe celebrarse con características propias: como Misa “en la Cena del Señor”.

En esta Misa, a diferencia de todas las demás Eucaristías, no celebramos “directamente” ni la muerte ni la Resurrección de Cristo. Tampoco nos adelantamos al Viernes Santo ni a la Noche de Pascua.

Hoy celebramos la alegría de saber que esa muerte del Señor, que no terminó en el fracaso sino en el éxito, tuvo un por qué y para qué: fue una “entrega”, un “darse”, fue “por algo” o, mejor dicho, “por alguien” y nada menos que por “nosotros y por nuestra salvación”. “Nadie me quita la vida, había dicho Jesús, sino que Yo la entrego libremente. Yo tengo poder para entregarla”, y hoy nos dice que fue para “remisión de los pecados”.

Por eso esta Eucaristía debemos celebrarla lo más solemnemente posible, pero, sin ser tan festiva ni tan jubilosamente explosiva como la Noche de Pascua, noche en que celebramos el desenlace glorioso de esta entrega, sin el cual hubiera sido inútil; hubiera sido la entrega de uno más que muere por los pobres y no los libera.

Tampoco esta Misa está llena de la solemne y contrita tristeza del Viernes Santo, porque lo que nos interesa “subrayar”; en este momento, es que “el Padre nos entregó a su Hijo para que tengamos vida eterna” y que el Hijo se entregó voluntariamente a nosotros independientemente de que se haya tenido que ser o no, muriendo en una cruz ignominiosa.

Hoy hay alegría y la iglesia rompe la austeridad cuaresmal cantando el “gloria”: es la alegría del que se sabe amado por Dios, pero al mismo tiempo es sobria y dolorida, porque conocemos el precio que le costamos a Cristo. Podríamos decir que la alegría es por nosotros y el dolor por Él. Sin embargo, predomina el gozo porque en el amor nunca podemos hablar estrictamente de tristeza, porque el que da y se da con amor y por amor lo hace con alegría y para dar alegría.

Podemos decir que hoy celebramos con la liturgia. La Pascua, pero la de la Noche del Éxodo y no la de la llegada a la Tierra Prometida.

Hoy inicia la fiesta de la “crisis pascual”, es decir de la lucha entre la muerte y la vida, ya que la vida nunca fue absorbida por la muerte, pero si combatida por ella. La noche del sábado de Gloria es el canto a la victoria,

pero teñida de sangre y hoy es el himno a la lucha, pero de quien lleva la victoria porque su arma es el amor.

La Institución del Sacerdocio Ministerial

Otro misterio que celebramos en esta noche es la institución del Sacramento del Orden Sagrado, u Orden Sacerdotal.

Este sacramento confiere a la persona que lo recibe una misión particular en la iglesia y sirve para la edificación del Pueblo de Dios. Quien recibe este sacramento es consagrado para, en nombre de Cristo ser pastor de la Iglesia.

En tiempos del Antiguo Testamento ya existía la figura de los sacerdotes en el Pueblo de Dios. Estos sacerdotes tenían características y funciones bien definidas. Anunciar la Palabra de Dios y restablecer la comunión con Dios mediante sacrificios y oración

El sacerdocio del Antiguo Testamento siempre ha sido considerado por la Iglesia como prefiguraciones del sacerdocio de Cristo único y eterno sacerdote.

En el sacerdocio ministerial, que está al servicio el sacerdocio común de todos los fieles, es uno de los medios por los cuales Cristo construye y conduce a su Iglesia. Por medio del ministro Cristo actúa en medio de su pueblo como cabeza del mismo.

No podemos desconocer que en el Pueblo de Dios hoy, hay una carencia de ministros ordenados. Personalmente no creo que sea porque Cristo a dejado de llamar a algunas personas a seguirlo de una forma especial. El Señor siempre está llamando, nunca a cesado de hacerlo.

Sí creo que esta carencia de sacerdotes es debido a una falta de generosidad a muchos niveles. Por un lado, en todo el Pueblo de Dios que no motiva y anima a sus miembros a realizar una entrega total al Señor. En las familias

cristianas que no muestran a sus hijos e hijas la entrega al Señor como una forma de realizarse en la vida. Y finalmente en las personas que son llamadas por su nombre, pero cierran sus oídos a este llamado ya que en su proyecto de vida no está contemplado escuchar y seguir al Señor.

Es este un tema tan candente, que como Pueblo de Dios no debemos dejarlo pasar. Necesitamos reflexionarlo mucho más largo.

El mandamiento de la caridad fraterna

Finalmente, al reflexionar sobre la Caridad Fraterna tenemos obligadamente que volver nuestra mirada al relato evangélico que acaba de ser proclamado. Allí veíamos como Jesús *“se levantó de la cena, se quitó el manto, tomó una toalla y se la ceñió. Después echó agua en una jofaina y empezó a lavarles los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que se había ceñido”*¹.

La caridad a partir de ahora va a ser muy distinta del modo anterior. Jesús ama sirviendo; y, sirve como lo hace un esclavo a sus señores.

No podemos desconocer que la sorpresa debió ser grande para el grupo de los apóstoles, y es precisamente Pedro quien manifiesta el estupor general. Su temperamento y su amor apasionado a Jesús aparecen de nuevo: "Señor, ¿tú me vas a lavar a mí los pies?"². Pedro comprende de manera particular lo profundo de la humillación del Señor, y se rebela, no la acepta.

Es evidente que Jesús quiere revelar el valor de la humildad, del servicio. Quiere manifestarse como el Siervo de Yavé que purifica los pecados de todos por la vía del dolor, como dice Isaías. Pedro sabe que Dios es Amor, pero ver de rodillas el amor humilde de Dios, le parece demasiado. Pedro ama a Jesús y sabe que el Señor también le ama, pero es consciente de la distancia entre ambos. Tanto el amor de Pedro como el de Jesús son

¹ Jn. 13,4-5

² Jn. 13, 6

entrega, pensar en el otro, querer el bien del otro, pero en Jesús, “el mayor sirve al menor”, hasta el extremo de que Dios sirve al hombre, incluso al hombre sucio por el pecado, es decir, al hombre que no le ama. Esa es la diferencia y a Pedro le cuesta aceptarla; se resiste.

La resistencia de Pedro es significativa. A una mirada superficial puede parecer un inconstante, pues pasa de una afirmación tajante a la contraria en un abrir y cerrar de ojos, pero no es así. “Respondió Jesús: lo que yo hago no lo entiendes tú ahora, lo comprenderás después. Le dice Pedro: No me lavarás los pies jamás. Le respondió Jesús: Si no te lavo, no tendrás parte conmigo. Simón Pedro le replicó: Señor, no solamente los pies, sino también las manos y la cabeza”³. El Maestro conoce bien a su discípulo, y le convence con el argumento que más hondo le puede llegar: o conmigo o contra mí. Pedro no puede soportar estar alejado del Señor. Su queja y su rebeldía manifiestan un amor muy grande, pero imperfecto. Es un amor que le oscurece la mirada, no comprende la grandeza de aquella humillación, ni el significado de aquel servicio. Jesús le disculpa “lo comprenderás después”. Lo comprenderá cuando tenga que amar a otros inferiores a él. Sabrá algo del amor divino cuando realmente llegue a amar a otros, menos santos, con menos prestigio o menos autoridad, aprenderá a servir sin ningún ademán de desprecio. Es más, llegará a amar a los que le desprecien, porque su amor será de un nivel divino. Pero ahora todavía su amor es muy humano; no es el amor de un verdadero santo, de un hombre de Dios.

Jesús le había dicho “el que se ha bañado no tiene necesidad de lavarse más que los pies, pues todo él está limpio. Y vosotros estáis limpios, aunque no

³ Jn 13, 9

todos”⁴. Y aquel “no todos” se clava como una flecha en su alma: ¿de quién habla?

Jesús realizó la ceremonia del lavatorio con detenimiento. Los purifica uno a uno en medio de un silencio tenso. Todos se dejan lavar mientras se examinan.

Y por fin Jesús explica con palabras el significado del signo: “Después de lavarles los pies tomó el manto, se puso de nuevo a la mesa, y les dijo: ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Señor y el Maestro os he lavado los pies, vosotros también os debéis lavar los pies unos a otros. Os he dado ejemplo para que así hagáis vosotros. en verdad, en verdad os digo: no es el siervo más que su señor, ni el enviado más que el que le envió. Si comprendéis esto y lo hacéis seréis bienaventurados”⁵.

Es la última bienaventuranza antes de la Pasión, y como un compendio de las muchas que fue diciendo a lo largo de su vida pública, además de las ocho del Sermón del Monte: Bienaventurado el que sirve porque sabe amar como Dios ama.

Que el Señor nos ayude en esta noche a profundizar en estos tres misterios que estamos celebrando.

⁴ Jn 13, 10

⁵ Jn 13, 12 - 17